

El «giro pragmático» de la filosofía

A propósito del III Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias

El «giro lingüístico» (linguistic turn) es ya un movimiento —también una conquista— irreversible en la filosofía del siglo XX. Todos los ponentes del III Congreso de Teoría y Metodología de las ciencias celebrado en Gijón¹ se movieron, de una u otra manera, dentro del ámbito lingüístico. Uno de ellos, Kenneth L. Pike, de la Universidad de Texas, buscaba, nada menos, que «una filosofía integral que creciese de mi experiencia lingüística»². Al profesor Abraham Moles³ le parecía un «truisme» el afirmar, después de Nietzsche, Sapir y Schaff, que «los cambios del pensamiento son ampliamente determinados por los del lenguaje del que se sirve». En cambio, entre el nutrido grupo de comunicantes en las sesiones de la tarde, no era siempre fácil el percibir la preocupación lingüística, incluso algunos comunicantes de la sección de psicología se situaron en posiciones muy ajenas al giro lingüís-

1. Organizado por la Sociedad Asturiana de Filosofía y celebrado los días 23-28 de septiembre de 1985. Los títulos de las ponencias, además de los que se citan en las notas siguientes, fueron: *La causalité dans les langues de la science*, por René Thom, matemático y filósofo francés; *El lenguaje de la física teórica clásica*, por el profesor Alberto Dou; *Algunos aspectos del lenguaje de la Matemática griega*, por el profesor Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, de la Universidad de Valladolid; *La matemática, ¿mero lenguaje?*, por el profesor Javier de Lorenzo.

2. *The relation of language to world view.*

3. *Le langage des sciences sociales: une traitement rigoureux des phénomènes imprécis.*

tico. La disonancia entre el tono de las ponencias de la mañana y las comunicaciones de la tarde era, unas veces, muy estridente, y otras, muy duro de oír para el que haya tomado en serio las consecuencias del «giro lingüístico».

Pero, entre todas las voces del Congreso, fue la de Karl-Otto Apel la que se hizo más distinguible por su hondura y la robusta articulación. El contenido de su ponencia queda bien resumido en su subtítulo, un tanto esotérico: «Linguistic Meaning and Intentionality. The Compatibility of the 'Linguistic Turn' and the 'Pragmatic Turn' of Meaning-Theory within the Framework of a Transcendental Semiotics». Acaba de ser traducida al español una importante selección de los trabajos de este filósofo bajo el título de *La transformación de la filosofía*⁴. Son dos tomos en los que se recogen las reacciones y reflexiones del autor sobre importantísimas temáticas de nuestro tiempo: la hermenéutica, la semiótica, la pragmática. La doctrina que K.-O. Apel ofreció en Gijón es la que viene repitiendo insistentemente en sus últimos trabajos. La novedad que aquí introdujo tal vez sea la refutación del «giro psicologista» que, a su parecer, adopta el último libro de John Searle (*Intentions*, 1983); un giro que da la vuelta completa y retorna a posiciones pre-lingüísticas, y que no parece, por ello, compatible con las conquistas irrenunciables del «giro lingüístico». Para apreciar mejor estos giros y contragiros, así como su repercusión en las ciencias humanas, tal vez sean útiles las siguientes notas y comentarios.

1. EL «GIRO LINGÜÍSTICO»: DE LA FILOSOFIA REFLEXIVA A LA FILOSOFIA DEL LENGUAJE

Una consecuencia inmediata del «giro lingüístico» fue el reemplazamiento que los conceptos lingüísticos hicieron de los conceptos «mentalistas», tales como conciencia, juicio, intuición, pensamiento, etc., los cuales fueron de pródigo uso

4. Editada por Ediciones Taurus, Madrid, 1985. Traducción de A. Cortina, J. Chamorro y J. Conill.

desde Descartes hasta Husserl. Esta filosofía del «Cogito», muy particularmente, en su versión fenomenológica, creía alcanzar el sentido por el recurso al sentimiento vivo y a la intuición. Dado un ejemplo cualquiera de la experiencia, la fenomenología creía aprehender la esencia desde el ejemplo, mediante la «epoché», las descripciones eidéticas y las «variaciones imaginativas», etc. Después del «giro» se ve en todo esto, no siempre con razón, maniobras introspeccionistas, y se sospecha, con razón, contra todo introspeccionismo⁵. Y, por lo que toca a esa suerte de «percepción interior» que sería la intuición, creemos que resiste mal las críticas que Wittgenstein lanzó contra las «descripciones ostensivas privadas». Así, pues, ambas, la fenomenología y la filosofía del lenguaje, hacen descripciones, pero, en el nivel de la descripción pura, creemos que la segunda es preferible. Los filósofos del «Cogito» propenden, por otra parte, a efectuar cortocircuitos en la reflexión, y a instalarse demasiado rápidamente en el campo del sentido que se les abre como campo de objetividad frente a la conciencia.

La ventaja de la aproximación lingüística es que se libra de toda sospecha de introspeccionismo; y no necesita tampoco poner en juego la «peligrosa» intuición, sino que va directamente al enunciado público y a esas formas objetivas en las que se organiza la experiencia. Esta es una gran ventaja, sin duda. Al apoyarse en los enunciados lingüísticos, el filósofo no tendrá ya que hacer esas azarosas observaciones que son las intuiciones de las esencias (la «Wessenschau» que pretendía la fenomenología), sino que se limitará a la observación exterior y a la reflexión del sentido en las objetivaciones lingüísticas de la experiencia. Se beneficiará, además, de la milenaria sabiduría del lenguaje que «sabe más que nosotros».

Otro importante desplazamiento del «giro» consistió en sustituir el principio kantiano de los juicios sintéticos (a sa-

5. Aunque sea cierto que los filósofos más conspicuos se hayan sabido librar de este reproche de introspeccionismo, no ha ocurrido así en todos los casos, particularmente entre los fenomenólogos.

ber: las condiciones de posibilidad de la experiencia son las condiciones de posibilidad de los objetos de experiencia) por este otro principio: las condiciones lógico-transcendentales del puro lenguaje son las condiciones de posibilidad de los hechos como elementos del mundo. No se crea, sin embargo, que estas ventajas del «giro» aparecieron desde el principio. (Ni resultaron tan ventajosas estas sustituciones, por ejemplo, esta última, que operó el atomismo lógico del «Tractatus», pero que hubo de modificarla más tarde Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*.) En esta primera versión del atomismo lógico, el «giro» trajo, más bien, precarios frutos, debido a sus drásticas autolimitaciones. Dos criterios señala K.-O. Apel para fijar el alcance y la significación del «giro»: primero, el principio de la autonomía onto-semántica, y segundo, el principio de la no-transcendentalidad del lenguaje.

Naturales consecuencias del «giro lingüístico» fueron: 1) ya no hay un yo o sujeto de intenciones significativas ni de interpretación; 2) sólo hay un yo transcendental que, como un «extensioness point», queda absorbido, por decirlo así, en la forma lógica del lenguaje. Se comprende, desde esta perspectiva, el que Wittgenstein haya podido escribir en su «Tractatus» esta célebre tesis número 5.62: «Que el mundo es *mi* mundo, se muestra en que los límites *del* lenguaje (*el* lenguaje que yo solo entiendo) significan los límites de *mi* mundo». El profesor Abraham Moles colocó esta tesis en el frontispicio de su ponencia.

El «Tractatus», así como el pensamiento de Bertrand Russell, se mueve dentro de los términos fijados por estos dos criterios. Pero graves aporías e insuficiencias hacían insostenible esta primera modalidad del «giro lingüístico» tal como la tematizaron el atomismo lógico y el neopositivismo lógico. Sus presupuestos se hicieron insostenibles, así: 1) que hay un lenguaje puro como el cristal (*Kristalreinheit*) y que está dotado de una estructura lógica profunda que prescribe la es-

6. Traducción de E. Tierno Galván, Madrid, Revista de Occidente, 1957, p. 153.

estructura ontológica del mundo descriptible, de una vez por todas; 2) su célebre teoría pictórica les llevó a entender la relación entre los signos y la realidad como una relación punto-a-punto. Finalmente, 3) el atomismo y el positivismo lógicos privilegiaron la función *representativa* del lenguaje, y desdijeron las funciones de autoexpresión y comunicación. Debido al relativo irracionalismo de estas dos funciones, los primeros filósofos del lenguaje las consignaron a la psicología y a la sociología; mientras que la lógica se reservaba el estudio de las funciones representativas. Estas insuficiencias hacían necesario dar al «giro» una vuelta más, y tornar el «giro lingüístico» en «giro pragmático».

2. DEL «GIRO LINGÜISTICO» AL «GIRO PRAGMATICO»

Para K.-O. Apel, con la complección del «giro lingüístico» por el «giro pragmático» se recuperan para la filosofía y las ciencias humanas inmensos territorios que habían quedado olvidados por el positivismo. El «giro pragmático» confluye, además, con otros importantes movimientos de recuperación de las dimensiones extrañadas por el positivismo. El ejemplo extremo de esta acentuación pragmática es tal vez el de Thomas Kuhn con su *Estructura de las revoluciones científicas* (1962)⁷. Pero el desplazamiento hacia la pragmática es igualmente perceptible, según K.-O. Apel, no sólo en Wittgenstein y la filosofía analítica, también puede apreciarse en otros enfoques epistemológicos muy actuales, tales como la teoría de los sistemas de Bertalanffy, la cibernética, las teorías de la decisión y de los juegos, la praxeología de Kotarbinsky, y las teorías de la acción y de la conducta en las modernas ciencias sociales⁸. K.-O. Apel descubre también afinidades entre el «giro pragmático» y la teoría de la ciencia de la nueva izquierda que se pregunta por los presupuestos sociales, por

7. Traducción en Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

8. Cfr. KARL-OTTO APEL, *¿Cientificismo o hermenéutica transcendental? La pregunta por el sujeto de la interpretación de los signos en la semiótica del pragmatismo*, en "La transformación de la filosofía", II, pp. 171 y ss.

los intereses del conocimiento y las funciones prácticas de las ciencias en la sociedad⁹.

Por su parte, el profesor Janos Kelemen, destacado representante de la Escuela de Budapest, formada en torno a la figura de Györgi Lukàcs, en su ponencia¹⁰ nos dejó muy claro cómo el lenguaje, ya desde la *Ideología alemana* de Karl Marx, no se considera como «puro lenguaje». El lenguaje está alienado. La propiedad privada no sólo aliena la individualidad de los hombres, sino la de las cosas. Las alienaciones penetran hasta la estructura lingüística, y hacen del lenguaje «un producto de la burguesía». En G. Lukàcs hay ya un esquema para una crítica del lenguaje que es radicalmente nueva con respecto a las concepciones racionalistas de la Edad Moderna. Al lenguaje no hay que criticarlo sólo porque se aprecien en él «imperfecciones» desde el punto de vista de la universal racionalidad; Lukàcs, siguiendo a Marx, lo critica, sobre todo, porque en el lenguaje y en su uso descubre que están ancladas tanto las *relaciones de clase* como las *ideologías de clase*. De un modo especial, los códigos semánticos manifestarán, si bien se los mira, esas relaciones y esas ideologías de clase. ¿Haría falta mirar mucho en los lenguajes de la psicología cognitiva, por ejemplo, para descubrir que el formalismo abstracto¹¹ no es una estructura lógica universal (la «Logic of Science»), sino una estructura lógica particular, muy apreciada en la sociedad occidental organizada con arreglo a los principios del cálculo preciso y la deducción lógico-matemática? Estos principios de la lógica del cálculo sin duda que son muy útiles —o necesarios de todo punto— para el mantenimiento

9. Cabe destacar aquí los trabajos de ADAM SCHAFF, *Introducción a la semántica* (1966). Para la recepción de la pragmática, así como sobre su desarrollo por el pensamiento neomarxista, cfr. UTZ MEAS/DIETER WUNDERLICH, *Pragmatik und sprachliches Handeln*, Frankfurt, 1972.

10. Lukàcs y la problemática de la lengua (ponencia leída en inglés por su autor).

11. Repárese que abstracción no es lo mismo que formalismo abstracto. La primera es una capacidad de la mente; el formalismo abstracto no es más que un *particular tipo de abstracción*, precisamente aquel que se desarrolló con arreglo a un modelo matemático. Siendo esto así, ya no se puede seguir diciendo que el ápice del desarrollo intelectual es el formalismo abstracto, como han dicho —y dicen— algunos psicólogos cognitivos.

y desarrollo de una sociedad mercantilista y tecnológica, pero ¿constituyen la «lógica natural que destila naturalmente la inteligencia natural»?

2.1. *Los pasos de la filosofía del lenguaje hacia la pragmática.*

Volviendo a la filosofía lingüística, resulta sorprendente y, a la vez, una prueba de honestidad intelectual, el comprobar que el responsable de la disolución de los principios del atomismo y positivismo lógicos, haya sido precisamente el mismo filósofo que más eficaz y decisivamente había trabajado en su instauración, Wittgenstein. Ya Ch. Morris había propuesto como solución a los males del primer giro lingüístico, su semiótica tridimensional: la *sintáctica* (que se ocupa de las relaciones de los signos entre sí), la *semántica* (que se ocupa de la relación de los signos con los estados de cosas representados por los signos) y la *pragmática* (se ocupa de la relación de los signos con los usuarios). Pero esta pragmática de Morris quedó «depotenciada» y reducida a un behaviorismo empírico¹². Sin duda, tributario todavía del positivismo imperante, Morris no supo capitalizar el tercer miembro de su triada. Para él, en la dimensión pragmática no había tanto *intenciones e interpretaciones* de los signos por parte de los usuarios de esos signos, cuanto *objetos* susceptibles de tratamiento empírico.

El que va a capitalizar debidamente la pragmática de Morris será J. L. Austin con su doctrina de la «performatividad» del lenguaje. Pero fue, sobre todo, el II Wittgenstein el que contribuyó decisivamente a la pragmatización de la filosofía, con lo que consiguió, a la vez, que el «giro lingüístico» se tornase «pragmático». Lo primero que opera este nuevo

12. Cfr. K.-O. APPEL, *Lenguaje y verdad en la situación actual de la filosofía. Una consideración a propósito de la consumación de la filosofía neopositivista del lenguaje en la semiótica de Charles Morris*, en "La transformación de la filosofía", I, pp. 133-160.

giro es una sustitución en el presupuesto básico del atomismo: no hay más que una única estructura lógica del lenguaje. El Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* se pregunta en el parágrafo 108: «¿Cuál es la lógica del lenguaje ahora que ya no tiene la lógica que yo le había imaginado?» La idea preconcebida del «lenguaje puro como el cristal» (Kristalreinheit) es ahora para Wittgenstein un pre-judicio (Vorurteil). Lo que efectivamente hay en el lenguaje es un indefinido número de «juegos lingüísticos» (Sprachspielen) que, como entes históricos que son, nacen, crecen y mueren. No hay, pues, una forma lógica, un uso del lenguaje que sea válido de una vez por todas. Cualquier «juego lingüístico» estará integrado, por lo menos, de estos componentes: una regla de conducta, un uso lingüístico y una forma de vida (una «Lebensform») o apertura al mundo en la cual son distinguibles estos elementos: una expresión corporal y una praxis comportamental.

El término «*juego lingüístico*» (Sprachspiel) «quiere resaltar (hervorheben) —dice Wittgenstein— el hecho de que el hablar del lenguaje (Sprechen der Sprache) es parte de una actividad o forma de vida (Lebensform)»¹³. Consecuencia inmediata de esta doctrina es la pluralización y relativización de los lenguajes junto con una pragmatización de los criterios del sentido. El problema del criterio del sentido, cuestión central del empirismo y de toda la filosofía contemporánea, es resuelto por el Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas* apelando, no a los criterios de verificación empíricos (atomismo) o semánticos (Carnap), sino al principio de uso. «Die Bedeutung eines Wortes ist Gebrauch in der Sprache»¹⁴. He ahí el criterio decisivo del sentido, el «Angelpunkt», el gozne sobre el cual «el examen entero de la cuestión debe ser girado (gedreht): nuestras propias necesidades»¹⁵.

Otra grave consecuencia de este «giro» para lo filosofía: si quedan de este modo pragmatizados (esto es, referidos a

13. Cfr. *Philosophische Untersuchungen*, Nueva York, Masmillan (texto alemán/inglés), 1960. Los subrayados son de Wittgenstein.

14. *Philosophischen...*, 46.

15. *Ibid.*, 108. El subrayado es mío.

nuestras «formas de vida» y a las propias necesidades) todos los criterios del sentido, entonces ya no hay monopolio alguno; ya no hay que rendir pleitesía a la «Logic of Science». Ya no parece, pues, correcto hablar —como hacían algunos comunicantes en las sesiones vespertinas del Congreso— de *la* lógica de la psicología; ya no se puede fallar contra la metafísica en nombre de *la* lógica que *el* lenguaje provee. No hay tal lógica ni tal lenguaje; lo que hay son plurales lenguajes que son plurales «juegos lingüísticos» dotados cada uno de ellos de su lógica. La revolución del «giro pragmático», como atinadamente comenta Srawson, nos trajo un «egalitarian flavor»¹⁶, que hace a nuestro paladar incapaz ya de aceptar los lenguajes pretendidamente privilegiados o fundamentales.

Por todo eso, otra consecuencia importante del «giro» es el abandono del monopolio de la relación científica (natural) con el mundo. No vemos ya razón alguna para que sea vinculante, por ejemplo, a los psicólogos el método de las ciencias lante, por ejemplo, a los psicólogos el método de las ciencias naturales. Los meros argumentos, esgrimidos en el Congreso, de que fue precisamente ésta la metodología que vinculó a los «padres de la psicología» (Watson, Guthrie, Skinner), no son persuasivos. Los psicólogos del «giro pragmático» no tienen por qué autolimitarse y padecer las penurias filosóficas de aquellos beneméritos psicólogos positivistas que apenas eran conscientes de las aporías del «giro lingüístico», y, por ello, siguieron un tanto miméticamente los radicales consejos de su mentor Carnap en su ensayo *La psicología en lenguaje fiscalista*. No hay ya razón para que los psicólogos que asisten a la bancarrota del positivismo e, incluso, de su primera alternativa (las llamadas «Teorías del paradigma»), retornen a los viejos consejos de Carnap e intenten elaborar una psicología dentro de la cual «toda proposición psicológica se refiere a sucesos físicos que tienen lugar en el cuerpo de la persona en cuestión»¹⁷.

16. Cfr. *Review of Wittgenstein's Philosophical Investigations*, en G. PITCHER (ed.), "Wittgenstein. The Philosophical Investigation", Londres, Macmillan, 1968, p. 12.

17. Cfr. *La psicología en lenguaje fiscalista*, en A. J. AYER, "El positivismo lógico, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 203.

Siguiendo este consejo, se alejaría irremediablemente la psicología de la praxis de las «formas de vida» en las que se despliegan los «juegos lingüísticos» activados por nuestras necesidades.

Creemos que después del «giro pragmático», ya no está la psicología obligada —para ser científica— a estudiar sólo «cajas vacías» en las que entran estímulos y de las que salen «reacciones», ni sujetos que *son objetos*; lo que, más bien, está obligada a estudiar la psicología son *sujetos-personas* dotados con todo un universo de significaciones dentro del cual esperan y aman, se dan y obedecen órdenes, se construyen objetos y herramientas, se cuentan historias o se especula sobre los acontecimientos, o se dramatiza sobre ellos (Theater spielen); o bien se descifran acertijos o se hacen chistes; es un universo de significado en el que cabe también que unos hombres hagan ruegos a otros o les den las gracias, o echen pestes (Fluchen), o se saluden cortésmente o recen (Beten). Tomé los ejemplos precedentes del parágrafo 23 de las *Investigaciones filosóficas*. La psicología —y dígame lo mismo de las demás ciencias humanas— ¿tendrá que desechar esta polimorfa riqueza de los juegos de la experiencia humana so pretexto de que *no son lógicos* con arreglo a la «Logic of Science»? Así se ha hecho, lamentablemente, por las psicologías conductistas y la hoy dominante psicología cognitiva. Un buen número de los comunicantes en las sesiones de la tarde del Congreso abogaban igualmente por esas reducciones de la experiencia humana. El método ante todo. Otros —pocos— decían: primero, la tarea, luego hay que buscar el método. Y no se hacía el acuerdo entre los comunicantes.

En lo que precede queda claro el papel que tuvieron las *Investigaciones filosóficas* en el «giro pragmático», lo mismo que su novedad respecto al *Tractatus*: «todas las funciones que se atribuían en el *Tractatus* a la «forma lógica», recaen en las *Investigaciones filosóficas* en la «regla» de cada «juego lingüístico»¹⁸. En esta última obra de Wittgenstein, se aban-

18. Cfr. K.-O. APEL, *Wittgenstein y el problema de la comprensión hermenéutica*, en «La transformación de la filosofía», I, p. 344.

dona definitivamente la teoría pictórica del lenguaje (que ya no es una pintura o copia (Bild) de los hechos); ya no hay, pues, un *lenguaje único* con una forma lógica única, y menos aún puede hablarse de un *lenguaje perfecto* al que pretendidamente se le erigió en paradigma universal de todo lenguaje.

Retornemos ahora otra vez a aquella tradición anglosajona con la que Wittgenstein mantuvo estrechas relaciones. Ya vimos cómo Ch. Morris, que dio pasos importantes hacia la pragmática, quedó, no obstante, a medio camino. Señalemos ahora otros dos señeros precursores norteamericanos de esta tradición: ante todo, Ch. P. Peirce, el fundador del pragmatismo —el Kant de la filosofía norteamericana, como lo denomina K.-O. Apel¹⁹—, y cuya filosofía del realismo crítico tiene un punto de capital importancia para la pragmática: la relación triádica, reformulada más tarde por otro norteamericano, J. Royce. Esa relación o función triádica es la siguiente: pues el hombre no sólo *percibe* datos sensoriales, ni sólo *concibe* ideas, sino que tiene que, además, *interpretar* esas ideas en constante intercambio con los restantes miembros de su *comunidad* histórica, vive el hombre en una relación triádica. Así, «(A) aclara a (B) lo que (C) quiere decir». Esta relación a tres bandas opera incluso en las situaciones de monólogo o del pensamiento solitario; también entonces: «yo (A) me (B) tengo que aclarar lo que significa mi idea, opinión o intención ya presente (C)»²⁰.

2.2. Los pasos decisivos: Austin, Strawson, Searle.

Tenemos así la tradición: Peirce-Royce-Morris, este último abrió para la filosofía las posibilidades de la pragmatización, pero él mismo, preso como estuvo de la «falacia abstractiva», no supo identificar el real «denotatum», pues creía,

19. Cfr. K.-O. APEL, *De Kant a Peirce: la transformación semiótica de la lógica trascendental*, en "La transformación de la filosofía", II, p. 155.

20. Cfr. K.-O. APEL, *Cientística, hermenéutica y crítica de las ideologías. Proyecto de una teoría de la ciencia desde la perspectiva gnoseoantropológica*, en "La transformación de la filosofía", II, p. 108.

juntamente con Carnap, que esa identificación del «denotatum» tendría que hacerse *sólo* en la dimensión semántica. Excluyeron así ambos filósofos las otras dos dimensiones de la semántica: la autoexpresiva y la comunicativa, cuyo carácter relativamente irracional las hacía difícilmente manejables por el método de la ciencia. Y en eso nos defrauda Ch. Morris. K.-O. Apel atribuía esta insuficiencia de Morris a la autolimitación que se impuso en su obra *Foundations of the Theory of Signs* (1938), en la cual no se ocupa de los lenguajes naturales, sino sólo de los lenguajes contruidos, y entiende su libro como un complemento al concepto de los «marcos sintáctico-semánticos» de Carnap, los cuales, por descontado, tampoco se ocupaban de la dimensión expresiva ni comunicativa del lenguaje.

El paso decisivo hacia la pragmática lo dieron otros tres importantes pensadores británicos: J. L. Austin, Strawson y J. Searle. Este último, con su magistral libro *Speech Acts* (1962), remonta definitivamente el vuelo de la teoría y no teme entregarse a un constructivismo, y elevarse sobre la selva de figuras elocucionales, siempre «a ras de ejemplo», en la que se movía Austin. Frente al «impresionismo» de este último, entregado a clasificar los «actos de habla», lo cual era cosa de nunca acabar, Searle ofrece un enfoque general de la performatividad y una teoría del lenguaje. Sin embargo, el destacar el mérito de Searle no debiera significar menos cabar los méritos de los finos análisis y diferenciaciones de los filósofos anteriores, méritos que Searle reconoce explícitamente. Es verdad que, pese a sus buenos trabajos, había en todos ellos siempre una misma deficiencia común, nos dice Searle; es, a saber: faltaba una teoría del lenguaje, lo cual dio origen a las tres falacias²¹ de las que adoleció la filosofía contemporánea. En cada falacia puede descubrirse el mismo procedimiento: manejar, en vez de una teoría general, un puñado de «slogans», el más prominente de los cuales era el

21. A saber: la falacia naturalista, la falacia del acto de habla y la falacia de la aserción. Las tres son analizadas en *Actos de habla*, Madrid, Cátedra, 1980, pp. 138-151.

«significado es el uso», un «slogan» —añade Searle— que fue muy beneficioso²². Nosotros acabamos de ver más arriba cómo tras él se puso en marcha la pragmatización de la filosofía y de las ciencias humanas. Pero una cosa es proferir un grito vago aunque útil para ponerse en acción, y otra muy distinta es hacer finos y precisos análisis, para lo cual se precisan instrumentos no menos refinados. La magistral obra de *Actos de habla* provee al lector de esos instrumentos y de las reglas esenciales y no esenciales de la «performatividad» que subyace a los «actos de habla».

3. ¿UN «GIRO PSICOLOGISTA» DENTRO DE LA PRAGMATICA?

Finalmente, preguntémosnos: ¿Dónde está ahora y hacia dónde va el «giro pragmático»? Pese a las crecientes confluencias de estudiosos hacia la pragmatización de las ciencias humanas y de la filosofía, son aún necesarios mayores desarrollos. K.-O. Apel propuso en su ponencia la siguiente estrategia: hay que desarrollar el «giro pragmático» de tal modo que no vuelva a estadios anteriores al «giro lingüístico» y, por ello, acabe siendo incompatible con las inalienables conquistas del «giro lingüístico». Los desarrollos del «giro pragmático» han de ser siempre compatibles con las conquistas del «giro lingüístico». Concretamente: no podemos renunciar a la función transcendental del lenguaje (condiciones de posibilidad y de validez intersubjetiva del significado), que es lo que K.-O. Apel denomina «Transcendental Semiotics». En otros términos, ya no se puede renunciar a la función de la constitución intersubjetiva de los significados válidos.

K.-O. Apel dedicó la segunda parte de su ponencia a comentar y refutar el retorno a las posiciones pre-lingüísticas y pre-comunicativas de la última obra de J. Searle: *Intentionality* (1983). Este libro, según K.-O. Apel, vuelve al «me-

22. Cfr. *Ibid.*, p. 151.

thodological solipsism» en el que se encerró la filosofía de la conciencia desde Descartes hasta Husserl. ¿Cómo hacer compatible este psicologismo de Searle que, incluso, tiende a ir más allá de los «intentional states of the mind», y basar la teoría del sentido en una teoría del cerebro?» (cfr. *Intentionality*, pp. 160 y ss.). ¿Cómo puede hacerse esto compatible con las conquistas del «giro pragmático»? K.-O. Apel no lo encuentra compatible, y añadía que con este «contra giro» del último Searle «la función constitutiva de los significados intersubjetivamente válidos (la «transcendental institution of language») quedaba postergada.

El caso es verdaderamente irónico y, sin duda, inconfortable para K.-O. Apel: resulta que Searle abandona aquellas posiciones que K.-O. Apel no hubiera podido conquistar sin él. K.-O. Apel se esforzó durante la segunda parte de su ponencia por rebatir los argumentos que, al parecer, tuvo Searle para dar este «contra giro». Le parecía claro que «una teoría del cerebro no podrá nunca competir seriamente con la pretensión transcendental de la filosofía contemporánea, justo como tampoco pudo competir, de hecho, anteriormente con la filosofía de la conciencia». Y la razón es que, aunque indudablemente en el orden de prioridad biológico-evolucionista, el lenguaje y el significado llegan «muy tarde»; y aunque sea igualmente indudable que el desarrollo del cerebro es una condición de posibilidad biológica de la mente y, «per extensionem», también del lenguaje, sin embargo, tanto el «giro lingüístico» como el «pragmático» no se mueven en ese orden biológico-evolutivo, sino en el orden transcendental. Esto es: de lo que verdaderamente se trata es de las condiciones de posibilidad y validez intersubjetiva del significado. Y ninguna teoría del cerebro sabrá contestar estas cuestiones en torno a la «validity-claims», en tanto que no hable de otra cosa más que del cerebro.

Es justamente J. Habermas (1976 y 1981) el que recoge los puntos fuertes que Searle desarrolló en su obra anterior (*Speech Acts*), ahora, al parecer, desdeñados por su autor, y

los desarrolla en lo que él denomina «pragmática formal o universal». Así, del «principio de expresibilidad» que Searle expone al final del capítulo I de *Speech Acts*, deriva Habermas las siguientes conclusiones: primera, todos los «actos de habla», así como los enunciados explícitos de lenguaje, tienen una *estructura doble*: son parcialmente performativos y parcialmente proposicionales. Segunda, en virtud de esa estructura doble, los enunciados pueden explicitar sus pretensiones de validez universal (universal validity claims), esto es, sus pretensiones de validez pública e intersubjetiva, lo que constituye, por otra parte, su fuerza vinculante (binding force). Cuatro son las «pretensiones de validez»:

1. La «pretensión de verdad» (truth-claim), que se refiere a la parte proposicional del enunciado;
2. La «pretensión de veracidad o sinceridad» (veracity or sincerity claim), que se refiere al estado intencional de la mente que se expresa en el «acto de habla»;
3. La «pretensión de corrección normativa» (normative rightness-claim), que se refiere al acto comunicativo como parte de la acción social;
4. La «pretensión de significado» (meaning-claim), que se refiere al efecto intentado por el acto «ilocucional».

Así pues, siguiendo el ejemplo de Habermas, ¿habrá que pensar a Searle contra Searle más allá de Searle, del mismo modo que hubo que pensar a Wittgenstein contra Wittgenstein más allá de Wittgenstein? K.-O. Apel así nos lo enseñó en su exuberante ponencia. En agudo contraste con su ponencia, cuando en la mesa redonda del día siguiente en torno a la comunicación, en la que se profirieron algunas extremas y vociferantes tesis pre-lingüísticas y pre-comunicativas, todos esperamos la réplica de K.-O. Apel, que tanto tendría que decir sobre la comunicación, éste mantuvo un invencible y conspicua silencio.

JOSE MARIA GARCIA PRADA